

EL P. CHAMINADE, SACERDOTE: AL SERVICIO DE LA MISIÓN DE LA IGLESIA

I. LA IGLESIA EN LA SOCIEDAD LIBERAL

La larga vida de Guillermo José Chaminade (1761-1850) sólo es comprensible a partir de su dedicación al servicio de la Iglesia¹. La nueva situación de la Iglesia en la modernidad le llevó a repensar toda la acción pastoral. Chaminade es un hombre de acción y no un intelectual. Nos ha legado una gran obra, la Familia Marianista. Nos han llegado también multitud de escritos, casi ninguno publicado en su tiempo, pues son el fruto de sus actividades pastorales y no de sus estudios. Vamos a estudiar la experiencia misionera progresiva del P. Chaminade. Esta estuvo siempre marcada fuertemente por la lectura atenta de los signos de los tiempos de la situación histórica.

1. El Antiguo Régimen: el poder temporal de la Iglesia

Desde que el emperador Teodosio declaró el cristianismo la religión oficial del imperio, la Iglesia gozó de una situación de privilegio en la sociedad de su tiempo hasta el momento de la Revolución Francesa. Las personas y la Iglesia dan por supuesto que ésta tiene un poder político, económico y social. La Iglesia tendrá casi siempre la pretensión de tener el poder supremo y de ser ella la que puede dictar las leyes a las diversas esferas de la sociedad. La realidad es que la economía, la ciencia y la misma política se fueron independizando progresivamente de la tutela de la Iglesia y pronto la religión será una esfera más dentro de la configuración de la sociedad.

La Iglesia se entendió a sí misma como “una sociedad perfecta”, tal como formuló el cardenal Roberto Bellarmino SJ, 1542-1621. Los lazos de unión en la Iglesia son la profesión de la misma fe cristiana, la participación en los mismos sacramentos y la

¹ Este texto es una reelaboración de la segunda conferencia dada a los religiosos marianistas de las Provincias de Madrid y Zaragoza, tenida en el Puerto de Santa María, Pozuelo y Huarte. Cf. la primera: L. Amigo, “El P. Chaminade, sacerdote: Fundador de la Familia Marianista”, cf. <http://www.mundomarianista.org/el-p-chaminade-sacerdote-fundador-de-la-familia-marianista/>. Al publicarlo aquí, prolongo la reflexión sobre el P. Chaminade iniciada en artículos anteriores: L. Amigo, “El Padre Chaminade sacerdote: el ambiente familiar y social”, *Mundo Marianista* 8 (2010) 19-29, <http://www.mundomarianista.org/el-p-chaminade-sacerdote-el-ambiente-familiar-y-social/>; “El Padre Chaminade sacerdote: su vocación sacerdotal”, *Mundo Marianista* 8 (2010) 48-58, <http://www.mundomarianista.org/el-p-chaminade-sacerdote-su-vocacion-sacerdotal-3/>; L. Amigo, “El P. Chaminade, sacerdote: La Congregación de San Carlos de Mussidan”, *Mundo Marianista* 8 (2010), 87-114, cf. www.mundomarianista.org/el-p-chaminade-sacerdote-la-congregacion-de-san-carlos-de-mussidan/.

obediencia a los legítimos pastores, y en especial al vicario de Cristo en la tierra, el Sumo Pontífice.

El objetivo y las consecuencias de la Iglesia como institución es ser visible como cualquier otra sociedad. Ha sido el rasgo predominante de la eclesiología católica desde 1550 hasta 1950. El problema al que había que hacer frente era la necesidad de algunos elementos organizativos estables de manera que la Iglesia pudiera realizar su misión. El objetivo de la misión era unir gentes de muchas naciones en comunidades bien estructuradas.

A través de este modelo, ministros responsables y visibles, usando procedimientos aprobados, pueden desarrollar eficazmente un servicio a la humanidad. La Iglesia ha tenido siempre elementos institucionales. El institucionalismo, en cambio, significa dar el primer puesto al elemento institucional. Su desarrollo comenzó al final de la Edad Media y continuó en la Contrarreforma. En esta eclesiología, los poderes y funciones de la Iglesia se dividen en tres categorías: enseñar, santificar y gobernar. La Iglesia es un tipo particular de escuela en la que los maestros, como ministros sagrados, transmiten la doctrina de Cristo. En la función de santificar, el papa y a los obispos, asistidos por los sacerdotes y diáconos, son los ingenieros que abren y cierran las válvulas de la gracia. Cuando se trata de gobernar, los responsables lo hacen en nombre de Cristo. Como solo a algunos se les da el poder de enseñar o gobernar, la Iglesia no es una sociedad de iguales. El clero gobierna, amplificando el lugar de las leyes y los castigos. Los laicos, en cambio, juegan un papel pasivo. Como la teología tiene la función de legitimar esas enseñanzas, la teología ha sido institucionalizada. La clase dirigente se perpetúa por co-opción. La institución sólo existe al servicio de sí misma y sólo sirve a los demás expandiéndose ella misma. Este modelo institucional rara vez ha sido invocado en su pureza a partir de la Reforma.

En este modelo los beneficiarios de la Iglesia son sus propios miembros. Ella nos enseña las verdades necesarias para la salvación, nos nutre con las fuentes de la gracia que fluye especialmente a través de los sacramentos. La Iglesia institucional es una “madre amorosa” (Dulles) que alimenta a sus hijos. El fin de la Iglesia es dar la vida eterna a sus miembros. Pero curiosamente sería posible tener una Iglesia de feligreses sin que fueran realmente fieles. El cristianismo se transmitía de padres a hijos pero no había una fe arraigada, personal profunda. La ofensiva de la Ilustración contra la Iglesia y el cristianismo va a mostrar que éste no se puede sostener a base de estructuras coercitivas eclesiales o estatales.

El antiguo régimen, vigente en el s. XVIII, se basa en la unión de la Iglesia y el Estado y tiene como consecuencia una falta de libertad religiosa para las demás confesiones, aunque poco a poco se había impuesto una cierta tolerancia. Supone la presencia de la Iglesia en la política, sobre todo a través del alto clero, pero también la presencia de la política en la religión. Los obispos son nombrados por el rey, que elige siempre los más mediocres con tal de que sean adeptos. El ordenamiento jurídico del estado está de acuerdo con la religión católica, que penetra los mínimos detalles de la existencia. La Iglesia goza de una situación económica privilegiada. Se da una alianza de la Iglesia, sobre todo del alto clero, con la clase privilegiada de la aristocracia, pues en realidad eran

las mismas familias. Es verdad que la Iglesia trata de poner sus bienes al servicio de la sociedad, sobre todo con sus instituciones educativas, hospitalarias y caritativas, de manera que la Iglesia a las vísperas de la revolución gozaba de un gran aprecio por parte de la población.

La Ilustración promovió una crítica despiadada a la Iglesia. Más tarde apelaría al poder político para limitar los poderes de ésta. Pero tampoco ahorraba sus críticas al estado. Hasta entonces las disputas entre católicos y protestantes se habían movido en el terreno de la teología. El protestantismo, sin embargo, va a introducir un arma nueva, el método histórico-crítico en el estudio de la Biblia y de la historia de la Iglesia. Se va a mostrar las contradicciones entre la Iglesia primitiva y la realidad existente. Voltaire conocía esos trabajos y divulgaba sus conclusiones, tanto contra católicos como protestantes.

Según Voltaire, Jesús era un judío y no pensó nunca en fundar una nueva religión. Los primeros cristianos eran todos iguales, no sólo como hermanos en Cristo sino también como igualmente dotados. Habían recibido el espíritu de una manera igual. Ni los apóstoles ni sus sucesores tenían otra superioridad que la del preceptor sobre el alumno. No tenían, en cambio, jurisdicción, poder temporal, honores, distinción en el vestido, señales de superioridad. Poseían una grandeza muy diferente, la de la persuasión.

Después de los apóstoles no se encuentra ningún ejemplo de cristiano que haya tenido sobre los demás otro poder que el de enseñar, exhortar, echar los demonios, hacer milagros. Pero la oración no es dominación, la exhortación no es despotismo. Todo era espiritual, no había nada de pompas mundanas. Sólo en el s. III el espíritu de orgullo, de vanidad, de interés, se manifestó en los fieles en todas partes. Los cristianos de los dos primeros siglos tenían horror de los templos, de los altares, de las estatuas.

Lo que era practicable en un pequeño grupo no le fue ya en los grandes reinos. La Iglesia militante y triunfante no podía ser ignorada y humilde. Los obispos, las grandes comunidades monásticas ricas y poderosas, reunidas bajo los estandartes del pontífice de Roma, combatieron a favor de sus intereses².

La primera victoria de la Ilustración contra la Iglesia fue la publicación de la Enciclopedia, a pesar de todos los esfuerzos que hicieron los jesuitas para que el rey lo impidiera. Pero la victoria más sonada fue precisamente la supresión de la Compañía de Jesús. Fue el episodio que mostró la falta de poder del Papa en la Europa del s. XVIII. Los papas no pudieron impedir que los diversos reyes de Europa la fueran suprimiendo en sus estados y al final el papa Clemente XIV firmó su supresión en 1773.

La familia Chaminade vivió la supresión de los jesuitas en Francia (1764) pues el hijo mayor Juan Bautista era jesuita y optó por integrarse en el clero diocesano. Ordenado sacerdote lo vemos trabando en el colegio seminario de Mussidan, adonde llevaría consigo a los hermanos pequeños, Luis y Guillermo. Este colegio seminario había sido fundado no sólo para formar a los futuros sacerdotes sino también a jóvenes que querían estudiar. Sin duda alguna se les quería precaver a unos y otros contra la ideología de la Ilustración que se estaba difundiendo en Francia influyendo también a una parte del clero con su racionalismo.

² Voltaire, «Église», en *Dictionnaire philosophique*, cf. [Dictionnaire philosophique](#).

Guillermo (que añadiría el nombre de José en el momento de la confirmación, y firmará con éste) nació en Périgueux, en el sudoeste de Francia, el 8 de abril de 1761. Hijo de un pequeño comerciante, entra a los 10 años en el colegio-seminario de Mussidan, dirigido por un grupo de sacerdotes que viven en comunidad y tienen un programa educativo. Allí es profesor su hermano mayor, Juan Bautista, antiguo jesuita y ahora sacerdote, al haber sido suprimida la Compañía. Este colegio pertenece a la llamada Congregación de San Carlos, una asociación de sacerdotes. Quizás ya a los 13 años sintió la vocación sacerdotal y vistió la sotana. A los 14 años es admitido como estudiante-agregado al postulante. A los 16 años se produce la agregación a la congregación. Un documento conservado recoge la parte ascética de las constituciones, a las que el joven Chaminade ha añadido algunas reflexiones personales. Su espiritualidad es fundamentalmente trinitaria y cristológica, con algunas alusiones marianas.

Por esta época y en el espíritu de estas reglas hizo Guillermo José sus votos privados de castidad, pobreza y obediencia, obligándose tan sólo ante Dios. Nunca hizo después votos en ninguna asociación, ni siquiera en la Compañía de María. Para él los votos hechos entonces tuvieron un valor incuestionable durante toda su vida.

Estudió la teología en Burdeos y París. Después de la ordenación vuelve a Mussidan como profesor. Pero en San Carlos de Mussidan los profesores buscaban ante todo la educación de la juventud y no simplemente la enseñanza. El colegio de Mussidan consta de un equipo misionero, siguiendo las huellas de S. Carlos Borromeo. Tiene un programa en diez puntos centrado en la educación de los jóvenes y con un voto de permanecer en esta situación de educadores. Es una forma de “misión permanente”. Había sido la reacción a las misiones populares de Juan Eudes y Vicente Paúl que van de parroquia en parroquia.

Este trabajo tenía un sentido mariano. Uno de sus alumnos, Bernard Dariès quería organizar una “Compañía de María” que ocuparía el puesto de la Compañía de Jesús entonces suprimida. Defendería a María y en particular su Inmaculada Concepción. Ante la crisis espiritual por la que pasa Francia, encuentra respuesta en María, particularmente a través de las figuras bíblicas de Judit y en los textos del Apocalipsis.

2. La pérdida del poder temporal: otra Iglesia es posible

Al estallar la revolución se cierra Mussidan. De 1791-1797 Chaminade entra en contacto con dos personas que tendrán una significación especial en su manera de ver la vida religiosa: María Teresa de Lamourous, y Joseph Bouet. Con Mlle. Lamourous empieza una dirección espiritual, que continuará por carta después desde Zaragoza. Cuando Chaminade regrese de España será María Teresa la que dirija la congregación femenina de Burdeos. Casi inmediatamente se hará cargo ella de la Misericordia de Burdeos. Con la ayuda de Chaminade fundará una orden religiosa.

Durante la Revolución aprende a hacer un nuevo tipo de evangelización. Se requiere gran entusiasmo y mucha fidelidad. Parece que se está viviendo la época primitiva de la Iglesia. Eso lleva a concentrarse en lo esencial de la misión, como si se estuviera en países

de misión. Ahora se redescubre el papel de los laicos, que no eran necesarios cuando numerosos sacerdotes podían actuar sin problemas. Esos laicos se jugaron muchas veces la vida.

La Iglesia refractaria, que no había jurado la Constitución civil del clero, tiene que darse una estructura clandestina. No se puede actuar como sacerdote en una estructura eclesial. Es misión abierta, en un ambiente hostil y peligroso, fuera de las estructuras eclesiales. Tiene lugar a través del contacto personal. Así descubre que hay que proyectar otro cristianismo para el futuro.

El exilio

Al tener que exilarse en Zaragoza 1797-1800 va a tener un tiempo de reflexión misionera. Allí Chaminade hace la experiencia de la comunidad, pues no se puede vivir en casas particulares. Se vive en comunidad y pobremente como la primitiva comunidad cristiana. Bouet decidió entrar en la trapa de Santa Susana a pesar de que Chaminade se lo desaconsejó.

En Zaragoza los sacerdotes no pueden actuar pastoralmente ni tan siquiera clandestinamente. Se da un gran trabajo de purificación y se es misionero a través de la oración, el trabajo y el sufrimiento. En la dirección espiritual, por carta, de Teresa Lamourous aparecen conceptos, que luego serán frecuentes en sus escritos.

Los marianistas consideran que en Zaragoza tuvo lugar la inspiración de fundar la vida marianista. Esta inspiración divina será la experiencia fundante a la que se vuelve cuando se tiene necesidad de confirmación.

En estos años debió hacer diversas lecturas en las que se trataba de “organizar las nuevas estrategias pastorales par evangelizar de nuevo la sociedad francesa” (Gascón). Allí figuraban ya las orientaciones principales de lo que quería hacer en el futuro: formar apóstoles seculares para conquistar la nueva sociedad después de la Revolución, bajo la guía de María. Se piensa en restablecer la Compañía de Jesús y se proyectan otras congregaciones. La legitimación de la misión no va a venir del Rey sino de la Sede Apostólica.

La Refundación de las Congregaciones Marianas 1800-1816

Napoleón se dio cuenta de la función social de la religión y trató de arreglar la situación creada por la Revolución. Para ello haría un concordato con la Santa Sede. A la vuelta destierro, Chaminade solicita y obtiene del Papa en 1801 el título de Misionero Apostólico. Será el título con el cual legitimará su misión y su actuación a lo largo de toda su vida. Lo considerará tan importante que lo consiguió también para sus sucesores. Este título expresaba su comunión con la Iglesia y con su misión. Al mismo tiempo le daba libertad apostólica de medios, geografía, en relación con los obispos, pero siempre dependiendo de ellos.

En 1800, Chaminade resucita las antiguas Congregaciones Marianas de los jesuitas,

abiertas a jóvenes y a adultos de uno y otro sexo. El las transforma en lo que hoy llamaríamos un catecumenado, una escuela de vida cristiana en vistas a cristianizar a la sociedad posrevolucionaria. Las Congregaciones Marianas serán la primera realización de la misma inspiración que se fue concretando en proyectos precisos. Fue en esa época cuando también colaboró con María Teresa Carlota de Lamourous (1754-1836) en la fundación de la Misericordia de Burdeos.

La Congregación empezó en 1800 y experimentó un primer crecimiento en los años 1803-1806. Vinieron en seguida las primeras dificultades en los años 1804-1806 que exigieron ciertos reajustes los cuales favorecieron dos años de florecimiento, 1807-1809. Pero Napoleón, debido a la actividad política de uno de los congregantes, decidió su supresión, que duró cinco años (1809-1814). Fue precisamente en este momento cuando va a surgir el estado de vida religiosa en el mundo. Durante la Restauración (1815-1828) conocerá su esplendor, paralelo al desarrollo del Instituto de las Hijas de María (1816) y de la Compañía de María (1817). Desgraciadamente la Revolución de 1830 supuso su desaparición definitiva. En efecto, aunque se restablecieron en 1834, quedaron reducidas a una Confraternidad de niños.

Las congregaciones con Chaminade reciben un espíritu y una configuración totalmente nueva. Es esa novedad del Espíritu lo que caracteriza a los fundadores. Según Chaminade³ existen cinco diferencias entre las antiguas y las nuevas congregaciones marianas: 1) la reunión de los diversos estados de vida que asemeja las nuevas congregaciones a los primeros cristianos, 2) las asambleas públicas en las que se enseña la religión. Curiosamente esas asambleas se presentan como obras de celo que entran en el objeto y la finalidad de la congregación de los jóvenes; sólo ellos son los actores 3) el espíritu de celo y de propagación: cada director es un misionero permanente, cada congregación, una misión perpetua, 4) la clase de los Postulantes formada por niños a partir de la primera comunión. Se hace mucho bien a estos niños, pero también a los jóvenes que trabajan con ellos, 5) las congregaciones nuevas no son simples asociaciones sino un ejército que avanza en nombre de María, que debe aplastar la cabeza de la serpiente (Gn 3,15). Existe sin duda otra característica que las diferencia de las congregaciones antiguas, que dependían de los párrocos; aquí el Director es otra persona distinta y las congregaciones son supraparroquiales.

3. Las oportunidades de la sociedad liberal

Napoleón se había dado cuenta de la utilidad pública de la religión. La restauración va a tratar a la Iglesia en el fondo con el mismo criterio pero desde una perspectiva liberal no autoritaria. A la Iglesia le hubiera gustado con esos reyes cristianos volver a la situación anterior a la Revolución, pero ya no fue posible. La sociedad liberal había consagrado la autonomía de las diversas esferas de la sociedad y la libertad de conciencia. La utilidad que la nueva sociedad espera de la Iglesia es la enseñanza de la moral y la educación de las

³ Cf. Chaminade, *Écrits et Paroles*, Casale Monferrato, Vercelli, 1994-2009 EP I, 154, 8-11.

nuevas generaciones. Pero ahora la educación es un servicio público en el que está interesada la sociedad para formar el nuevo tipo de ciudadano. La educación ya no es el monopolio de la Iglesia y además el estado va a intervenir en la reglamentación de las instituciones educativas de la Iglesia. La sociedad liberal asiste a la aparición de la industrialización y a la necesidad de personas preparadas, que sepan al menos leer y escribir. La Iglesia va a colaborar en la formación de esas personas.

Con la Restauración se intentaron poner las bases de lo que será la situación de la Iglesia hasta el Vaticano II. Los medios empleados fueron las misiones y las Congregaciones Marianas.

La Iglesia se dio cuenta de que una vez perdidos los apoyos políticos y económicos de los que gozaba en el antiguo régimen era necesario no sólo regenerar el tejido eclesial sino sobre todo crear unos ambientes cristianos, con una cultura propia que contrarrestase la cultura de la Ilustración, opuesta a la Iglesia. La descristianización, en efecto, había empezado ya antes de la Revolución bajo la monarquía católica que había permitido la Ilustración.

Bajo el signo del romanticismo y de la Restauración del siglo XIX, el cristianismo ha podido de nuevo consolidarse de manera significativa y reforzar su influencia en las sociedades europeas. La razón fundamental de este fenómeno está en que la Iglesia, sobre todo la católica, ha sabido dar a la vida eclesial la forma de unas “subculturas confesionales”. La fe cristiana ha formado en el interior de una sociedad que se secularizaba, se modernizaba y se industrializaba cada vez más, unos ambientes sociales relativamente homogéneos. Se trata de espacios vitales comunitarios definidos, claramente delimitados en los cuales la vida familiar, profesional, y en parte, la vida social de los fieles estaba fuertemente caracterizada por el sentido eclesial. Desde los colegios, a través de las asociaciones, la organización de la asistencia social y los partidos políticos, hasta la elección de cónyuge, todo se desarrollaba la mayoría de las veces en un ambiente situado bajo el influjo eclesial. En este ambiente los modelos tradicionales de valoración e interpretación cristiana han mantenido un valor normativo de manera que la crítica ilustrada y la secularización han tenido escasos efectos en estos espacios vitales protegidos.

En el centro del debate estaba el tema de lo que hoy llamamos la cultura cristiana. El concordato había restablecido la estructura eclesiástica, pero la situación de descristianización habría continuado si no se atajaban los males causados por el filosofismo. Este había puesto en cuestión no sólo la realidad eclesial sino la misma fe cristiana revelada. Si la fe no había sido capaz de resistir los embates del filosofismo era porque se trataba simplemente de una fe sociológica heredada, pero no asumida de manera personal. Durante siglos había sido una fe puramente teórica y no del corazón, sin influjo en la vida. Pero ahora el filosofismo la había desalojado incluso de la cabeza declarándola irracional.

Es necesario pues un programa que incluya el defender y proponer la fe. La primera parte va a mostrar cómo la fe no es irracional, aunque tampoco sea racional sino razonable. En cambio el proponer la fe incluye todo un programa de formación intelectual, que pasará al corazón a través de la oración y los sacramentos y desembocará en una vida cristiana

coherente con esa fe. Pero es aquí donde Chaminade se da cuenta de que la fe necesita un ambiente cultural cristiano para poder ser vivida. Pero la cultura, lo mismo que la economía, se habían emancipado ya del control cristiano antes de la Revolución.

Chaminade se da cuenta de que los enemigos de la fe lo que buscan es reducirla a una situación de exilio o diáspora. Él sabe que es un tiempo de diáspora para el cristianismo, pero eso no impide que la Iglesia sea siempre ec-clesia, convocación, invitación a reunirse. En teoría es lo que ha pretendido siempre la parroquia. Ahora bien la parroquia de su tiempo no respondía a lo que hoy día llamamos “parroquia misionera” y “comunidad de comunidades”. Reducida sobre todo a lo sacramental, es incapaz de atraer a las personas, de crear entre ellas unas relaciones interpersonales, de formarlas en la fe de manera comunitaria y de tener un programa misionero en el que uno puede implicarse personal y comunitariamente. La parroquia seguía gravitando en torno a la persona del párroco y lo cultural, sin dar verdadero protagonismo a los laicos y a su vivencia secular. La parroquia, como dirá Chaminade, crea feligreses, yo creo fieles.

La Restauración permitió fundar nuevos Institutos religiosos, cosa que Napoleón no había autorizado. A partir de la Congregación, y a su servicio, surgirán dos Institutos religiosos, las Hijas de María Inmaculada (1816) y la Compañía de María (1817). A partir de este momento Chaminade dedicará buena parte de su tiempo a la formación de los religiosos y a la redacción de las Constituciones, sin abandonar la dirección de las congregaciones seculares. En la mente de Chaminade, ambos institutos eran dos ramas de una misma realidad. Los problemas vendrían de la ausencia de una figura canónica que recogiera esta nueva realidad y de las dificultades en las relaciones de las autoridades supremas de ambas.

Las dos congregaciones religiosas estuvieron dedicadas a la educación de la juventud, sobre todo a través de la enseñanza. Ambas experimentarán una fuerte expansión, en dos núcleos, en Burdeos y en el nordeste de Francia. En 1825 la Compañía de María fue reconocida legalmente por el gobierno. Durante estos primeros años se fueron haciendo los primeros esbozos de lo que serían las futuras Constituciones. Aunque totalmente dedicadas a la misión, Chaminade quería fundar verdaderas Órdenes religiosas de votos solemnes, pero ni Roma ni el gobierno francés admitían ya esta realidad.

En 1841, para hacer frente a un pleito por cuestiones de dinero, los Consejeros del P. Chaminade le aconsejaron que dimitiera como Superior General, para poder gestionar mejor el tema. Así se hizo, pero dejando a salvo su condición de Fundador. El derrotero que fueron tomando los acontecimientos hizo que el Fundador creyera que debía intervenir para corregir diversos abusos existentes. El nuevo Superior General, el P. Caillet, no se lo permitió. El conflicto se fue agudizando y llevó a una posición irreconciliable, a la que puso fin la muerte del Fundador en 1850, sin que se sepa muy bien si hubo una reconciliación. Fue un período en el que el P. Chaminade reflexionó muchísimo sobre la misión del Fundador. Sus enemigos trataron de desautorizarlo tachándolo de viejo chocho y testarudo e intentaron incluso que el confesor le negase la absolución si no claudicaba, pero él permaneció fiel a su conciencia de Fundador. En el fondo aceptó ir desapareciendo de la escena y asumir el papel del “siervo inútil” del evangelio.

II. NOVA BELLA: EL GIRO COPERNICANO DE LA IGLESIA

1. Seamos en nuestra humildad el talón de la mujer

La Revolución obligó a la Iglesia a repensar de nuevo su puesto en la sociedad. Ya no sería un puesto de poder sino de servicio. En la entrevista que tuvo Lalanne con Chaminade en 1817, éste formuló su visión de la Iglesia y de la vida religiosa. “El Señor ha elegido un nuevo tipo de batallas” (Jue 5,8)⁴. Hasta ahora la Iglesia en su confrontación con los poderes de este mundo ha tratado de poder a poder. Ahora eso ya no es posible. Hay que volver a la imagen bíblica del texto citado. Es una mujer, Débora, la que dirige las tropas de Israel contra Sísara, general del ejército de Canaán. Dios va a liberar al pueblo mediante la intervención milagrosa a través de una mujer. Ya no son los grandes caudillos como Moisés y Josué. A partir de ahora Dios va a liberar a su pueblo sin armas de guerra, o empleando la honda de David contra las armas convencionales de Goliat.

Chaminade va a utilizar una imagen para la nueva situación de la Iglesia en la sociedad: “seamos en nuestra humildad el talón de la mujer”. Se trata de la mujer prometida anunciada en el protoevangelio, que los Padres identificarán con María (Gen 3,15 ss). Es una mujer la que aplasta con su talón la cabeza de la serpiente. Y Chaminade añadirá que el talón es precisamente la parte más débil, que la serpiente intenta atacar. He aquí la nueva Iglesia que quiere reconstruir Chaminade.

Una Iglesia femenina

La Iglesia dominadora había sido ante todo una Iglesia dirigida y gobernada por hombres. También ahora serán los hombres los que la dirijan, pero sobre todo Chaminade va a tener como inspiración y modelo de Iglesia una realidad femenina, la persona de María. El romanticismo imperante ha debido tener su parte de influencia. Pero ya antes, durante la revolución, la diosa razón había sido entronizada bajo la forma de mujer en la catedral de Notre Dame de París. El s. XIX verá el surgimiento de numerosas congregaciones femeninas de vida activa que asumirán un gran protagonismo social en el campo de la salud y de la educación. Chaminade tendrá como horizonte de la reconstrucción de la Iglesia la figura de María, como imagen de una Iglesia mariana. Se trata ante todo de una Iglesia madre al servicio de la vida, y no tanto una Iglesia maestra al servicio de unas doctrinas. Ya no se trata de imponer la fe sino simplemente de proponerla. Desgraciadamente ha habido grupos reaccionarios que han escogido también el estandarte de María para querer volver al período de cristiandad. En otro artículo desarrollaré más ampliamente este aspecto, que ya he empezado a abordar en otro texto⁵.

⁴ Chaminade utiliza el texto de la Vulgata. El texto hebreo es: “se elegían nuevos (dioses) por entonces la guerra en las puertas”.

⁵ Cf. L. Amigo, “Una Iglesia mariana: la presencia de María en el culto de la Iglesia”, *Mundo Marianista* 8

Una Iglesia humilde, una Iglesia servidora

La desaparición del antiguo régimen y la persecución religiosa revolucionaria no supusieron la desaparición del cristianismo, sino su purificación y conversión. Se pasó de una Iglesia dominadora a una Iglesia al servicio de la sociedad. No sólo se abandonan los privilegios y el que los demás estén al servicio de la Iglesia sino que la Iglesia ahora quiere estar al servicio de las personas, al servicio del mundo. Sin duda alguna que el camino será lento y todavía seguirán existiendo los Estados pontificios hasta 1870.

La nueva actitud crea toda una espiritualidad de la acción y del trabajo. Diderot en el Discurso preliminar de la *Enciclopedia* (1751) rinde homenaje a Francis Bacon, en quien se inspira, en particular en el “Sistema figurado de los conocimientos humanos”, o árbol del conocimiento. Los estudios más recientes han reconocido la importancia de la dimensión técnico-científica de la *Enciclopedia* como el factor más importante del éxito editorial. En ella se explicaba la fabricación de los objetos de la vida cotidiana. A los misterios de la teología los sustituían la magia de las técnicas explicadas en la *Descripción de las artes*. Las razones de su extraordinario difusión editorial de una obra en más de veinte tomos se deben sobre todo a la utilidad de los conocimientos técnicos que ofrecía y a la curiosidad que era capaz de suscitar.

En discrepancia con Pascal, Voltaire tiene una concepción activa y no contemplativa del hombre. En efecto, para Pascal el hombre se lanzaba a la acción en un intento de evitar la introspección, Voltaire, en cambio, defiende que la acción es una característica propia del hombre. El hombre no es contemplativo sino un ser en acción ya que “es imposible a la naturaleza humana permanecer en ese embotamiento imaginario; es absurdo pensarlo, es insensato pretenderlo. El hombre ha nacido para la acción”⁶.

El P. Chaminade considera que la primera obligación personal del hombre es el trabajo, pero lo ve como un castigo del pecado y no tanto como nuestra visión actual de una colaboración en el proyecto creativo de Dios⁷. El primer mandamiento que Dios ha dado a los hombres es el trabajo (Gn 3,19). Si el trabajo es duro y poco rentable es porque Dios quiere que mediante el trabajo el hombre satisfaga a la justicia divina ofendida por la desobediencia en un lugar de delicias en el que vivía. El hombre debe dedicarse con tal celo al trabajo que dé la impresión que había nacido sólo para trabajar. Eso produce la consolación de estar en el orden de la Providencia, de obedecer a la ley del Señor, satisfacer su justicia. Tiene que pagar su deuda a Dios mediante el trabajo. Lo que la justicia divina manda es un desprendimiento interior.

Históricamente el trabajo será visto como el camino de la liberación del hombre, según Hegel y Marx, intérpretes de la nueva sociedad. Para Chaminade el trabajo no puede

(2010) 115-123. Cf. [Una Iglesia mariana: la presencia de María en el culto de la Iglesia](#)

⁶ Voltaire, *Cartas filosóficas*, XXV, 196-197, citado por Juan Manuel Rueda, “Guillermo José Chaminade y el pensamiento moderno: crítica de la indiferencia religiosa”, *Mundo Marianista* 3 (2005), p. 384, cf.

<http://www.mundomarianista.org/wp-content/uploads/vol3-fas3-Monografico-juanma-es.pdf>

⁷ Chaminade, *Manuel du Serviteur de Marie*, 1804, EP I, 35, 21-22, cf. la edición de 1815, EP I, 93,39-41.

estar movido simplemente por los motivos del vil interés. El obrero puede recibir su salario, le es debido en relación a los hombres, pero respecto a Dios lo que hace es pagar su deuda mediante su trabajo. No puede pagarla si trabaja sólo para satisfacer los deseos de su codicia, o a fin de proveer a las necesidades de su existencia. En el hijo de María en todo debe percibirse su dignidad de su adopción, hasta en los motivos y las intenciones que animan y dirigen sus acciones; también intentará purificarlos. Comenzará y terminará con una oración y se acordará de María durante el trabajo. Cuanto más elevado y santo en el orden de la gracia es el estado al que el hombre está destinado, más debe ser fiel a la ley del trabajo. De la buena preparación intelectual de los ministros de la religión dependen muchos bienes para la religión y la sociedad.

Una Iglesia comunidad, familia

Chaminade intenta pasar de una Iglesia sociedad a una Iglesia comunidad, una Iglesia como comunión mística, como cuerpo místico. La Escuela de Tubinga bajo el influjo del romanticismo estaba redescubriendo esta eclesiología. Chaminade había hecho la experiencia de esa Iglesia comunidad en la comunidad religiosa de Mussidan. Había vivido una comunidad consagrada, una comunidad de fe, una comunidad de vida, una comunidad de misión, una comunidad orgánicamente estructurada.

Chaminade comenta el texto “Un cuerpo, un espíritu” (Ef 4,4). La Iglesia no es un cuerpo puramente político como las otras sociedades que sólo están unidas por una unión moral y por lazos externos, es decir por las mismas leyes y el mismo gobierno; sino un Cuerpo místico cuyos miembros están interior y realmente unidos por el mismo Espíritu, que forma en ellos un amor y una inclinación de unos hacia otros. La caridad es llamada lazo de perfección (Col 3,14)⁸.

Jesús le prometió a la Iglesia que estaría siempre animada y conducida por el Espíritu Santo, que la asistiría hasta el fin de los siglos para impedir que caiga en el error. La Iglesia es el Cuerpo de Jesucristo (Ef 1,22-23). La unión se hace por medio del Espíritu Santo (Ef 4,4; 1 Cor 12,13); por medio de los sacramentos que son como las venas y canales que llevan la sangre, el Espíritu y la vida de Jesucristo en cada miembro para ponerles en estado de hacer sus funciones particulares (Ef 4,16); por medio de la fe, la esperanza, la caridad y por la palabra de Dios (Ef 3,17; 1 Jn 4,16).

Chaminade señala las siguientes consecuencias:

1. Formamos un solo hombre con Jesucristo pues la vida de los miembros debe ser la misma que la del Jefe.

⁸ Chaminade, EP IV, 10,28 «De l'inimitié», ps. 27 ss. Chaminade hará un desarrollo del tema en Cartas a un maestro de novicios, 1835-1836, carta 6 y carta 7, en *Escritos de Dirección*, SM, Madrid 1964-1965, II, 149-170 b; 171-180. Chaminade hace referencia a Vaubert, al que también usa en EP I,79, 87-89, de manera más resumida. Cf. Thomas Stanley, *The Mystical Body of Christ according to the Writings of father William Joseph Chaminade*, Fribourg 1952

2. Todo lo que se dice del Jefe puede decirse de todos los miembros de manera que somos con él sacerdotes, víctimas y reyes y formamos un solo Hijo de Dios.
3. Todos los miembros participan de todos los bienes y de todas las ventajas que el Jefe posee, de sus méritos, de sus sufrimientos, de sus humillaciones y de su gloria (Jn 17,22).
4. Todo el bien o todo el mal que se hace al más pequeño de los miembros de Jesucristo, se le hace a El mismo (Mt 25,40.45).
5. Es Él el que hace en ellos y con ellos todo el bien que hacen.
6. El ojo no puede decir a la mano no tengo necesidad de ti (1 Cor 12,21).
7. Existe una comunión de bienes espirituales.
8. María es el miembro principal del Cuerpo de Cristo.

Esa comunión implica la reunión frecuente de sus miembros. Según Chaminade, la naturaleza y esencia de una Congregación está en la reunión frecuente de sus miembros que la componen; ya unidos en espíritu y corazón por los lazos de caridad, principio de toda unión sólida en la tierra como en el cielo⁹. La unión de los primeros cristianos y la que debe existir ente los miembros de la congregación se funda totalmente en la caridad. La caridad es su principio y su lazo. Tiene por modelo la unión de las tres Personas de la Santísima Trinidad (58,5).

Esta unión de espíritus y corazones que en cierto sentido hace de todas las almas una única alma en cuerpos diferentes, hace experimentar a los cristianos aquí en la tierra, en sus reuniones, un gusto anticipado de la felicidad de los Bienaventurados, que brota de su reunión en la morada de la gloria. Cada uno contribuye a la felicidad de los otros de cuatro maneras diferentes: como objeto, como principio, como motivo y como ayuda.

María le ayuda a entender esa nueva manera de ser Iglesia. Las comunidades primitivas eran iglesias domésticas, sin grandes estructuras ni templos. Se reunían en las casas particulares para celebrar la eucaristía. Chaminade va a considerar las comunidades por él fundadas como la Familia de María. Esa es su manera de entender la Iglesia Familia de Dios. En ella tienen que existir unas relaciones cordiales cálidas, de hermanos, hijos de un mismo padre y de una misma madre.

Desde los comienzos, el P. Chaminade concibe la Congregación como la Familia de la purísima María. Sus miembros deben su vida a la acción maternal de María. Los miembros de esta familia tienen un aire que anuncia la nobleza y la dignidad de su divino nacimiento. Sólo se ve en ella el alejamiento del vicio y la inclinación a la virtud. Todos los miembros de esta familia se aman tiernamente y están habitualmente reunidos en el corazón de la divina María¹⁰. Para imitar a los cristianos de la Iglesia primitiva, tienden mediante sus reuniones frecuentes a no tener sino un solo corazón y una sola alma (cf Act 4,32). Forman una misma familia, no sólo como hijos de Dios, hermanos de Jesucristo y miembros de su Cuerpo místico, sino también como hijos de María, mediante una

⁹ Cf. Chaminade, «Des Congrégations sous le titre de l'Immaculée Conception de Marie, Mère de Dieu », EP I, 58, 1-5.

¹⁰ *Manuel*, EP I, 33,55; cf I,58.1

consagración especial a su culto y una profesión pública del privilegio de su Inmaculada Concepción¹¹.

Una Iglesia de laicos

El apostolado de los laicos no fue una realidad inventada en el s. XIX. Había existido siempre. A veces había tenido un gran impacto público como con la Compañía del Santísimo Sacramento en Francia que constituyó casi un partido político y fue suprimida por el cardenal Richelieu. Pero en general el peso político de la Iglesia quedaba reservado a la alta jerarquía perteneciente a la aristocracia.

La nueva Iglesia va a ser la Iglesia de los laicos. El P. Chaminade experimentó su necesidad durante el tiempo de la Revolución y persecución. Fue una red de laicos fieles la que le facilitó el ejercicio del ministerio en aquellos momentos peligrosos. Los laicos van a ser la nueva palanca que mueva el mundo. Serán los laicos los que tratarán de elaborar una nueva cultura cristiana después de la Revolución ya que no existía un clero o instituciones culturales de la Iglesia. Es verdad que los laicos no son una realidad homogénea. Los habrá muy tradicionales, pero también aparecerán otros abiertos a la nueva realidad de los tiempos y a la nascente cuestión social.

Una Iglesia en misión

La Iglesia sociedad perfecta deja paso a una Iglesia misionera. La fe ya no es una realidad heredada sino que es el fruto de una opción personal a la que se llega al escuchar el anuncio del evangelio. La Iglesia existe en la medida en que realiza esa misión. Esa misión ya no estará reservada a los sacerdotes y religiosos sino que todos los cristianos se consideran misioneros.

2. Vuelta al cristianismo primitivo

Primacía de la experiencia de la fe

De la mano de María, Chaminade redescubre la Iglesia primitiva. En aquel momento la Iglesia eran ante todo los laicos. Era una Iglesia sin poder, sin reconocimiento civil, incluso perseguida, una Iglesia servidora de los pobres. Más que una Iglesia sociedad eran una Iglesia comunidad, con una estructuras mínimas. Era una Iglesia comunión y no una Iglesia piramidal. Formaban comunidades en que se compartían los bienes de manera que nadie pasaba necesidad. Era una Iglesia en que la vivencia de la fe tenía la primacía y no la organización social. Las personas se reunían para escuchar la palabra de Dios y

¹¹ *Manuel du Serviteur de Marie*, EP I, 33,55= EM II, 318; cf I,58.1. Aunque Dios es nuestro Padre, Chaminade no emplea la expresión “familia de Dios” para referirse a la Iglesia. Habla, en cambio, de “familia de Jesucristo, de la cual es el Padre. Cf. « Divers noms donnés á l’Église dans los Nouveau Testament », EP II, 80,93.

celebrar la fracción del pan y recitar sus oraciones. Frente a la Iglesia mundana del antiguo régimen, la nueva Iglesia estará ante preocupada por la fe de sus miembros. No es que se desentienda de los problemas de este mundo, pero actuará en él guiada por la fe y por ejemplo de Jesús y los apóstoles.

Chaminade intenta ya esa vuelta a los orígenes con sus congregaciones marianas. El cultivo de la fe, el crear comunidades de fe, la formación en la fe será el objetivo de los dos Institutos religiosos por él fundados.

Sus comunidades estarán encarnadas en el mundo, pero no serán del mundo. Están orientadas hacia lo escatológico, hacia lo definitivo. No se trata de una escatología puramente futura sino en vías de realización. De esa manera la Iglesia será una Iglesia santa, una Iglesia de los santos, una Iglesia de la comunión de los santos.

La misión se realiza mediante el contacto humano, mediante el contagio. El cristianismo vivido en sus exigencias ejerce una fuerza de atracción sobre el corazón humano.

Presencia de la Iglesia en la sociedad, no en la política

La sociedad liberal expulsó a la Iglesia de los órganos de poder político. La Iglesia seguirá teniendo la tentación de querer ella indicar a la sociedad política lo que tiene que hacer, pero ésta rechazará todos los intentos de intromisión. Las posibilidades de la Iglesia de influir en el juego político van a depender de la existencia de partidos políticos afines al cristianismo. En Europa van a existir diversos partidos de democracia cristiana, pero independientes de la jerarquía eclesiástica, aunque ésta estará siempre tentada de querer decir a los políticos qué tienen que hacer. Tan sólo en el Vaticano II se ha reconocido plenamente la autonomía de las realidades humanas y la libertad de los cristianos cuando intervienen en política.

Asociacionismo cristiano

La Iglesia va a aprovechar las oportunidades que ofrecerá la sociedad liberal para fomentar el asociacionismo y crear así verdaderos ambientes religiosos. Como he escrito en otra parte:

“No sin razón esos ambientes se encontraban en los sectores agrícolas y artesanos, más que en los lugares industriales de las grandes ciudades. Se ha vivido así un modelo de sociedad de modernidad limitada. De esa manera han convivido elementos tradicionales y modernos.

Este tipo de ambiente perduró en algunos países europeos y en especial en España hasta los años sesenta del siglo pasado. Se trataba de una mentalidad restauradora que concedía una preferencia a los modelos de valoración bien precisos de tipo tradicional de la burguesía industrial ya configurados en el siglo XIX, los llamados valores del deber y del reconocimiento. Entre ellos están en

primer lugar los valores relativos a la sociedad tales como la disciplina, la obediencia, el rendimiento, la laboriosidad, en segundo lugar los valores relativos al individuo tales como el dominio de sí, la disponibilidad a la adaptación, la docilidad y la sobriedad.

Esta jerarquía de valores tenía numerosos puntos en común con la pertenencia eclesial caracterizada por la práctica regular, la fidelidad y la aceptación de las indicaciones institucionales, por ejemplos, los mandamientos de la Iglesia. Esto ha permitido incluso en los años posteriores a la segunda guerra mundial un elevado grado de práctica religiosa que se manifestaba en la frecuencia regular al culto dominical y diario, en la recepción de los sacramentos, incluido el de la penitencia, en el respeto de los días festivos de la Iglesia en la aceptación sin grandes problemas del mensaje eclesial de la fe y en la observancia de las normas y mandamientos de la Iglesia”¹².

La Iglesia va a aprovechar sobre todo las debilidades del estado liberal que no puede llegar a todo para hacerse presente sobre todo en la educación, en la sanidad y en muchas obras de carácter social promovidas por la iniciativa de los grupos sociales afines a la Iglesia.

La enseñanza

La enseñanza va a ser un campo privilegiado para hacerse presente en la sociedad y para justificar la utilidad social de la religión. La enseñanza antes de la Revolución estaba casi toda ella en manos de la Iglesia. La Revolución quiso más bien hacer de la enseñanza un servicio público del estado, pero éste no disponía de medios suficientes para realizarlo. La sociedad liberal necesitaba la enseñanza y fue aceptando, aunque con grandes restricciones la presencia de la Iglesia en ella. De hecho la enseñanza será el gran campo de batalla de las ideologías políticas en Francia durante el s. XIX. Fueron numerosas las Congregaciones Religiosas que surgieron en este siglo para dar una respuesta a las necesidades de educación y de sanidad. La necesidad de la educación fue sentida por la Iglesia como una exigencia evangélica. La Iglesia tenía que enseñar la doctrina cristiana, que no se limitaba sólo a la religión sino que se trataba de formar integralmente a las personas. Sin duda la nueva sociedad necesitaba personas formadas para los nuevos retos profesionales de una industrialización incipiente, pero también necesitaba formar un nuevo tipo de ciudadano que apreciara los valores de la sociedad liberal. La Iglesia quería formar al ciudadano y al cristiano, al cristiano como ciudadano modelo.

El anuncio del evangelio a través de la enseñanza profana no era una novedad. Había comenzado con los jesuitas. Les siguieron los de las Escuelas Cristianas y otras Congregaciones, pero en el S. XIX va a ver una presencia masiva de las Congregaciones religiosas, preocupadas por la educación de las personas de ambos sexos. La presencia de los religiosos en la enseñanza ayuda a asumir una espiritualidad de la acción que supera las

¹² L. Amigo, *Formas de vida cristiana del carisma marianista*, SPM, Madrid 2002, ps. 36 s.

dicotomías de lo profano y lo sagrado. Todas las actividades humanas pueden llevar a Dios si se le busca con corazón sincero. De esa manera se iba superando una visión unilateral de la fe cristiana orientada hacia el más allá, que no tomaba en serio los retos de este mundo. Los religiosos ven los desafíos que plantea la historia en su momento concreto y tratan de responder con los medios adecuados. Evangelización y promoción humana van de la mano.

La educación es un servicio humilde que ayuda a las familias en su derecho y deber de formar personas libres y maduras. Nunca fue un servicio público rentable sino que ahorra dinero al estado. Se preocupaba sobre todo de los niños, las personas más indefensas en la sociedad. La Compañía de María entró de lleno en esta actividad desde el momento mismo de su fundación. Algunos de sus primeros miembros trabajaban en la educación antes de la fundación. Desde el primer momento los marianistas se dieron cuenta de los nuevos retos de la enseñanza. Comprendieron inmediatamente que no se podía seguir con los Estudios Latinos, típicos de una clase alta. En la nueva sociedad estaban apareciendo las ciencias humanas y de la naturaleza y los marianistas abrazaron decididamente esta orientación.

La sociedad del s. XIX experimenta grandes conflictos ideológicos entre conservadores y liberales. Éstos están empeñados en ir confinando la religión cada vez más a la esfera privada de la conciencia del individuo y de la familia. Los conservadores defenderán la presencia pública de la fe y a veces querrán imponerla en la sociedad en nombre de la verdad revelada. La batalla ideológica se libra en todos los frentes, no sólo en el de la enseñanza. Por eso el P. Chaminade no reducía la misión de la Compañía de María a la enseñanza sino que nuestra misión es universal. Está abierta a todos los medios según las necesidades de los tiempos y lugares. Se trata de prestar siempre el servicio que necesite el creyente para poder madurar en su fe. La creatividad del carisma marianista ha sido grande. Quizás no se han estudiado todas esas iniciativas y se ha escrito tan sólo la historia de nuestras obras educativas. Quede claro que éstas nunca fueron simplemente una obra de enseñanza. Queriendo una formación integral de la persona, han favorecido toda una serie de actividades que contribuían a crear una especie de ambiente religioso en el que la fe era plausible e vivible.

3. Una vida religiosa sin formas externas

En aquella entrevista con Lalanne, Chaminade manifestó también cuál era su idea sobre la nueva forma de vida religiosa. Se trata de una vida religiosa sin existencia legal, aunque más tarde tendrá que pedir el reconocimiento del rey para poder actuar en la enseñanza. Es una vida religiosa en la que lo esencial es lo interior, el espíritu de fe y de oración. No habrá grandes estructuras como la de los antiguos monasterios separados del mundo por altos muros.

Chaminade huirá de todo lo que huelga a clericalismo, porque la sociedad de su tiempo es muy sensible a todo lo que pueda recordar el poder de la Iglesia. Por eso Chaminade quiere una congregación sin hábito religioso. Sus religiosos no se diferencian exteriormente de los demás cristianos, salvo en la sencillez y la modestia. Se trata por tanto

de una vida religiosa inserta en el mundo. La ausencia de formas externas es compensada con un profundo espíritu interior de fe y de oración y con una profesión pública de la fe, sin complejos.

La composición mixta

En el plan de Chaminade la Familia Marianista comprendía religiosos, religiosas, vida consagrada en el mundo y vida laical. Existió así al menos durante los años 1817-1830. Ha sido redescubierta de nuevo en los años 80 del siglo pasado. La Familia Marianista trata de ser un espejo de la composición de la Iglesia, en la que existe la jerarquía y los laicos. De esa manera Chaminade trataba de profundizar las mutuas relaciones en el interior de la Iglesia. Pero lo más original a la hora de traducir esas nuevas relaciones será la composición mixta de la Compañía de María, compuesta por religiosos sacerdotes y religiosos laicos, con igualdad de derechos. Un religioso laico puede ser el superior de comunidad de un religioso sacerdote.

Chaminade sitúa la composición mixta en el horizonte de una Iglesia al servicio del mundo a través de la misión que la constituye como Iglesia. La misión es obra de toda la comunidad eclesial, pero sobre todo del laicado que realiza la “consagración del mundo”. En la estructura de la Iglesia, la jerarquía y la vida religiosa están al servicio del laicado. No son dos formas de vida superiores. Simplemente se trata de personas más experimentadas en la vida espiritual que están liberadas para apoyar a los cristianos en su camino hacia la santidad y en la misión.

La eclesiología de la encarnación nos recuerda esa dimensión secular de la existencia que caracteriza todas las formas de vida, pero de manera especial la del laicado. Aunque la vida religiosa no se la suele considerar como secular, tanto los sacerdotes religiosos como los religiosos laicos en particular viven en el mundo y ejercen una actividad profana. En ese sentido el P. Chaminade quiso una Compañía de María eminentemente laical y encarnada en el mundo.

Estructura y carisma están íntimamente implicados en la constitución de la Iglesia y de la Compañía de María. La Iglesia es toda carismática y toda ministerial. La unidad de la Iglesia procede de la diversidad de dones y ministerios unidos por la Cabeza que es Cristo.

Cristo quiso fundar una Iglesia en la que unas determinadas personas lo harían presente como Cabeza y Pastor al servicio de sus hermanos. Así que el ministro ordenado es al mismo tiempo, hermano con los hermanos y pastor de los hermanos.

La Iglesia se expresa y se construye ante todo en la eucaristía en la que el sacerdote representa a Cristo Cabeza. De la Eucaristía brota toda la actividad misionera y caritativa de la Iglesia y a la Eucaristía tiende esa actividad como a su culmen.

En la Eucaristía y en la actividad misionera y caritativa de la Iglesia se despliegan los carismas y ministerios que el Espíritu distribuye a todos los creyentes para formar el Cuerpo de Cristo de manera que la unidad se construya a partir de la diversidad. Al servicio de esa unidad está la jerarquía, de manera que ésta no tiene la síntesis de todos los carismas

sino el carisma de la síntesis. El ministerio sacerdotal está al servicio de la animación de los demás carismas en la Iglesia. El sacerdote marianista vive su entrega “sobre todo ofreciendo su ministerio en primer lugar a sus hermanos y luego uniéndose con ellos en el servicio del pueblo de Dios” (RV, 13)

© *Mundo Marianista*